

curiosos, celebraron sus modestos esponsales, salpicados con una media de Clicquot y el llanto de la madre, con la atonía del viejo paralítico que miraba idiotamente á los miembros de su familia; con las garantías de Honorato, que aseguró ganarse unos mil millones de millones de francos, y con el clásico beso del novio, dado fogosamente por Gastón y castamente recibido por Noeline.

En la ausencia de Honorato, Gastón, á virtud del parentesco y del noviazgo, se encargaba de representar al viajero en los negocios de la casa; y á pesar de ser militar y soltero y alegre como el que más, á pesar de sus veinticuatro años y de hallarse de veras enamorado, lo cierto es que no supo permitirse con Noeline ninguna de esas pequeñas libertades que los novios arrancan de grado ó por fuerza de sus prometidas. No hubo besos furtivos, ni rodeos de talle, ni abandono de manos, ni presiones de pie; sobre que sus visitas las hacía siempre delante de la tía, con la tía realizaban sus rarísimos paseos, y no era la señora capaz

de tolerar ni un ápice de irregularidades.

Al retorno de la primavera, en que Burdeos á fuer de buena meridional se adorna, perfuma y hermosea, algunas tardes salía Gastón con sus parientes; empujando entre Noeline y él el sillón de ruedas del pobre inválido, quien por no poder hablar, reía, reía al buen tiempo con su desdentada boca rugosa, de la que pendían temblorosos hilos de saliva, que su mujer ó su hija le enjugaban en el acto para ahorrar ascos á la gente. De ahí que no gustaran de ir al jardín *des Quinconces*, donde el exceso de concurrentes los obligaba á no disfrutar de la caminata sino á casi esconder al anciano, que se extasiaba frente al Garona, frente á las embarcaciones que se deslizaban suavemente sobre las blandas ondas del río y á las que él saludaba levantando un brazo á duras penas y formulando sonidos de niño que no conoce las palabras ó de animal amaestrado que remeda el hablar de las personas que lo alimentan:

—“*Le.... la.... bat.... teau....*”

Preferían encaminarse á las afueras, por

donde están el inmenso edificio del *Sacre-Coeur* y algunas granjas de viñedos. Allí sí que se instalaban á su sabor; la señora junto á su enfermo, que entraba en gran quietud admirativa de la naturaleza, echado hacia atrás, apoyando la cabeza en el respaldo de la silla y fijando su mortecino mirar en el paisaje. Abría desmesuradamente sus ojos, y con ellos abiertos, diríase que cual si presintiera su fin próximo, anhelaba llevarse consigo á la sombra y al misterio aquel derroche de sonidos, colores y auras que con avidez veía, como para grabarlos en su retina con sobrehumano esfuerzo, ó que como si no obstante los muchos años que de vivir tenía, jamás se hubiese detenido á mirarlos y ahora, la revelación le llegara tarde, cuando la propia vida lo mataba y no le prometía para nunca más, espectáculo parecido.... Su esposa, que hacía labor sentada en las raíces de un árbol ó en un toseco banco de madera, y que de tiempo en tiempo lo vigilaba, debía enjugarle, no saliva, no,—la boca hallábase bien cerrada! — dos lágrimas que ella atribuía á la misma

vejez del marido, sin sospechar que fuesen la despedida trágica de uno que se va á las bellezas que deja tras sí, incommovibles y eternas.

Entre tanto Gastón y Noeline se alejaban algunos pasos; cambiábanse ternezas, ajenos á lo que los circundaba, egoístas porque se amaban y por egoístas felices. En las cortezas de los árboles él, y en la tierra floja ella, dibujaban sus nombres, las fechas memorables, las promesas dulces, ignorando que en los árboles al igual que en la tierra, en los labios al igual que en los corazones, el amor se borra poco á poco, hasta desaparecer por completo, después de habernos hecho creer que siempre duraría. Tierra, árboles, corazón y labios, están formados para olvidar lo que amaron y amar de nuevo, por toda la eternidad.

Por lo pronto ni Gastón ni Noeline metíanse en tales honduras, y al que hubiera intentado demostrárselas, con sólo mirarse mutuamente, habrían jurado que los engañaba. Queríanse tanto, con un afecto tan ideal, que en ocasiones se preguntaban si

no serían víctimas del sueño, y en otras, rápidos presentimientos sombríos tocábanlos con sus alas de buho impalpable, y ellos se juntaban, dábanse las manos y no osaban ni romper el repentino y fúnebre silencio que los embargaba; cual si anticipadamente reconocieran impotentes para bregar en contra de las crueles sorpresas de lo desconocido, y anticipadamente también, se conformaran con la especie de maldición que pesa sobre la humanidad de cosechar más espinas que flores y más desesperanzas que venturas.

Cuando uno de estos presentimientos los enmudeció, vieron pasar muy cerca de ellos á una porción de chiquillas escoltadas por unas cuantas religiosas del *Sacre-Coeur*; y el sordo rumor de sus pisadas á compás, el silencio y la humildad con que unas y otras proseguían su marcha, no sé qué melancolías en rostros y hábitos, acabaron de conmover á los amantes y de predisponerlos á las ideas lúgubres.

—Y si yo parara en monja, ¿tú qué harías, Gastón? — preguntó Noeline por

virtud del afán, lo mismo masculino que femenino, de martirizar á quien nos ama, sin motivo y por el morboso placer de cerciorarnos de que hay alguien que de veras sufra por nosotros.

—¿Si tú pararas en monja? . . . — repitió Gastón luego de meditar un rato y como si el supuesto no le resultara ni inverosímil ni imposible,— pues, pediría que me mandaran á Africa y allí me haría matar!

Tampoco Noeline halló la respuesta fuera de lugar. Así debía ser el amor, hermano y compañero de la muerte, caminando detrás de él para acudir en un instante á recoger su aliento último. . . . Y siguió mirando á las monjas y educandas que, por compactas y lejanas, simulaban una procesión quimérica de espíritus que no pisaran el polvo; una procesión azul, silente, venida de lo alto para instruir á las niñas y socorrer á las huérfanas, sin conocer los hondos afectos carnales ni los goces de este mundo. De improviso, Noeline experimentó un rápido escalofrío en las espaldas, entre los dos pulmones, y volviéndose á Gastón

que nerviosamente azotaba la yerba con su látigo reglamentario de artillero, le dijo aproximando la boca á su oído:

—No, monja no; dime que no me dejarías ser monja, dímelo....

Pero por mucho que Gastón se lo dijo, la muerte de Honorato, allá en el Océano, produjo el derrumbamiento de sus gentes, de ilusiones y de proyectos, dió al traste con la proyectada unión, consumió los poquísimos luises economizados para la dote, y con la fuerza brutal de los grandes sucesos,—los que determinan los horrorosos dramas ignorados de las familias pobres,—Gastón tuvo que renunciar á Noeline, y Noeline, que experimentó un choque interno, que alguna entraña importante se rompía y la sofocaba, tuvo también que presenciar su idilio trunco, tronchado por mano crudelísima. ¡Qué entrevista la en que se dijeron adiós!...

Primero, antes de decidirse por la ruptura para siempre, Gastón se portó caballerosamente; él se casaba y se casaba de cualquier modo aunque le costara la carrera ¿y qué?

¿no era un hombre capaz de trabajar en otra cosa y en otra parte? ¿de irse á esa misma América que les había matado á Honorato pero que á muchos otros enriquece y premia? Noeline aprobaba el descabellado plan, que de perlas le parecía; con que Gastón renunciara ó exigiese su baja ó se fugase si era preciso, partirían los supervivientes, hasta el viejo paralítico, á esa tierra de Chanaan que generosamente paga á los que van á trabajarla.... Por dicha, la madre de Noeline que personificaba la razón, los sacó del error y les deshizo el espejismo, con admirable sentido práctico de *ménagere* francesa; puntualizó hechos y desbarató entusiasmos.

—“ Los pobres como nosotros,—principió la señora, con amarga filosofía doméstica de mujer combatida por la suerte y que en sí ha cosechado desconsoladora experiencia,—no podemos engreirnos con nada, ni siquiera con nuestros hijos, porque todo se nos va cuando menos debiera de írsenos; porque para nosotros exclusivamente parecen escritas las sentencias y maldiciones

bíblicas, nuestro pan lo compramos con sudor y nuestras bienaventuranzas no las alcanzamos aquí, nos las otorgarán luego, en otra parte.... Tú, (*á Gastón,*) tienes que continuar tu carrera; si la abandonarás serías un desertor y con el grado que ahora posees no debes ni pensar en el matrimonio sino hasta que transcurran tres años lo menos, y siempre que la fortuna quiera ayudarte..... Te devuelvo, pues, la palabra empeñada á mi hija; eres libre, libre completamente, como lo es ella.... ¡pobrecita!..... Ya, ya sé lo que váis á decirme, (*al observar que entrambos intentaban interrumpirla y oponerse,*) que esto es una injusticia, que no es posible matar de un golpe lo que se ha alimentado días y días, que os deje yo seguir como estamos, en espera de época mejor, que vosotros no tenéis prisa, ¿verdad?.... Hijos míos, yo sé más que vosotros, yo sé que los noviazgos indefinidos acaban mal... Y vamos, que también mi resistencia se concluye; decíos adiós, cual si Gastón, por mandato superior, tuviese que marcharse á la guerra, á una

guerra que nadie pudiera evitar y á la que ningún buen soldado pudiera dejar de ir, y terminemos, que todavía debo resolver muchos problemas y que resolverlos yo sola... ”

Como si en efecto se hallasen en vísperas de una catástrofe, el ánimo adolorido y el espíritu inquieto; como si los minutos los tuvieran contados y no fuera dable distraer uno, con palabras entrecortadas y gestos temblorosos Gastón y Noeline se dijeron adiós, en el comedor de la casita que conservaba aún en muebles y rincones, recuerdos de las pasadas alegrías, ecos de risas y de cantos. Besó Gastón la frente nívea de Noeline y echó á correr escaleras abajo sin volver la cara, á la manera de quien acaba de perpetrar un crimen ó de sufrir una desgracia irreparable. Noeline, con su espléndida belleza de virgen rubia, más acentuada por el dolor, de pie en medio de la estancia, sus manos caídas y enclavijadas, en actitud hierática, pudo al fin llorar, un llanto sin ruido ni sacudidas que le resbalaba por el rostro y por el cuerpo,

como si tratase de cubrirla con maravillosa túnica de duelo.... Su madre, de rodillas, imploraba Dios sabe qué imposibles mercedes, y de la estancia vecina, salían los sonidos inarticulados y bestiales del infeliz viejo enfermo, que no valorizaba la importancia de ningún suceso:

"Le.... la.... bat.... teau...."

En los tres meses siguientes, con la fatídica rapidez con que la miseria se señorea de sus elegidos, asistió Noeline al naufragio de sus padres y al suyo propio; desde la desaparición paulatina de las alhajas humildes y de los muebles, hasta las brutalidades de los acreedores que husmean la ruina y van acercándose por lo suyo con ferocidad increíble.

Mientras el dueño de la casa se limitó á exigencias y amenazas, la madre de Noeline tiró del carro, mas cuando el conserje la notificó de que dentro de ocho días habían de desocupar el cuarto, so pena de que el propietario en persona lo desocupara, se apeló á los recursos extremos, á la beneficencia del gobierno y á la de los particulares

que buenamente quisieron ayudar á la familia en desgracia. El viejo fué á parar á un asilo gratuito; la señora á cuidar del mostrador de un *restaurant* de las afueras, frecuentado por trabajadores de los muelles y por gente de mar; y Noeline, que á causa de su edad y de su belleza no habría podido arrimarse á su madre en sitio tan peligroso, ni menos permanecer sola trabajando en negocio de menos riesgo, á Noeline, por magnanimidad providencial, la admitieron en su seno y en calidad de pensionista de gracia, pero bajo condición de que en el momento oportuno tomase el velo de religiosa, las respetabilísimas madres del Santo Espíritu de Burdeos.

La narración la hizo en fragmentos, conforme fray Paulino ahondaba más en la memoria de la monja, con el formal propósito en una y en otra parte, de que las lágrimas sin motivo y los amargores sin explicación que afligían á sor Noeline en el Colegio del Santo Espíritu, de México, no sólo alcanzasen explicación sino también completa y ejemplar derrota. Las veces en que fray

Paulino cargó la mano sobre sí el recuerdo de aquel Gastón borrábase ó fortalecíase con el tiempo, no son para contadas.

La monja, honradamente, aseguraba que más bien se borraba, entre otras cosas, porque nunca había vuelto á saber de él:

—“Partió á Africa, como me lo ofreció, y jamás he sabido si vive ó muere durante estos seis años.....”

—“Es que eso no basta, no señor, ¡cómo iba á bastar! Calcúlelo Ud. vivo y muy vivo, ¿qué sentiría Ud. por él?.....”

Pues á decir verdad, no sentiría nada... malo; sentiría gusto, mucho gusto quizá, pero ni asomos del antiguo afecto, que se hallaba tan enterrado y difunto como el resto de toda esa época en que creyó posible la dicha aquí abajo.

—“Y vea Ud., *M. l'abbé*, cuando me asaltan estas lágrimas y estos amargores, que Ud. ha bautizado así, lo miro todo, todo y no miro á Gastón ni me acuerdo de él á las claras; hasta se me hace cosa de sueño lo que pasó entre nosotros, cosa de sueño, eso es, porque lo miro lo mismo que mira

uno al despertar lo que soñó en la noche bonito y agradable si se quiere, mas sueño al fin, que no podría repetirse cuando estamos despiertos... Yo miro cosas diversas, *M. l'abbé*, que ni yo misma esclarezco por mucho que me empeño... De ahí mis congojas, padre, de ahí mis miedos, ¿si son cosas incomprensibles y sin forma, por qué me hacen llorar?.....”

¿Por qué la hacían llorar?... Pues flojilla estaba la pregunta. Si por acaso fray Paulino lo descubriera irían ya de alivio, si no curada ella y tranquilo él. ¿Por qué lloraría la muchacha? y fray Paulino llegaba á la impaciencia; era mucho cuento ese, que á sus años, con sus conocimientos y luces se estrellara ante problema en apariencia baladí. Y nada, que no daba con la clave; lo que es la conciencia de sor Noeline armiño puro parecía, y no estando el mal oculto allí, como de fijo no lo estaba, ¿por dónde andaría?... Con cautela excesiva, cual convenía á confesor prudente y sabio, comunicó sus temores á la superiora, aunque suavizados de modo que no resultaran tales temores.

Supuesto que estaban en vacaciones y de consiguiente con los quehaceres muy disminuidos ¿por qué no hacía que el médico examinara á sor Noeline? Un examen de acuerdo con la regla, ¡Dios los librara de otro ni en mal pensamiento!; á ver si el hombre con su ciencia, sacaba en claro la naturaleza del misterioso padecimiento. Alarmada la superiora, procedióse á los cuantos días al facultativo examen, á presencia de la propia superiora y sin manoseos, auscultaciones ni preguntas deshonestas; un examen ridículo y de ninguna utilidad, que encolerizaba al médico, quien debía circunscribirse á un interrogatorio infantil, á distancia, sin tactos; una especie de adivinación ó de taumaturgia, que en ocasiones daba con la dolencia, y en las más no permitía avanzar ni una pulgada.

Aquello equivalía, en concepto del doctor, que era de lo mejorcito de la ciudad, á robar descaradamente los dineros de las religiosas, pero ¡vaya Ud. á convencer á una monja de que es preciso en circunstancias determinadas, que nuestras manos pecadoras toquen

lo oculto, palpen lo bello y magullen lo mórbido!....

— Como si nuestras manos que lo mismo pueden alargar que abreviar la vida, no fuesen tan respetables y más, que las de los santos — masculaba el afamado doctor en el colmo de la iracundia.

Por supuesto que con el superficial examen, incompleto y convertido en ininteligible á fuerza de eufemismos enrevesados, apenas si se diagnosticó el comienzo de una neurosis que amenazaba volverse aguda.

— Ud. me perdone, madre, pero esto si es necesario que se lo diga, el estado de la hermana Noeline reclama baños fríos, de ducha y regadera; ejercicio corporal, menos rezos y más distracciones. Ud. sabrá cómo se las compone con ella.

Algo escandalizada quedó la superiora; en primer lugar, porque no se daba cuenta exacta de lo que sería una "neurosis;" en segundo, porque lo de los baños fríos era un conflicto, ni en el Colegio ni en el Claustro existían los aparatos que para él se requieren, ni aun cuando hubiesen existido

podía ninguna hermana, por anciana que fuera, aplicar chorros de agua en un cuerpo desnudo, el que tampoco podía desnudarse así como así; y en tercer lugar, porque concediendo que la interesada supliera la regadera con una esponja, encerrada á piedra y lodo dentro de su celda, tampoco en esa forma desaparecía lo pecaminoso del remedio, pues la contemplación de la propia desnudez, amén de hallarse estrictamente prohibida, acarrea consigo un sinnúmero de tentaciones y peligros. Por otra parte, si deseñaba la alterada salud de sor Noeline, eso de su "neurosis," incurría de fijo en responsabilidad manifiesta. ¿Si probara la enferma á bañarse con ropa y todo?... Titubeando sobre si le consultaba ó no el caso á fray Paulino, hombre al fin y al cabo, á pesar de sus virtudes, se le corrieron los días, las vacaciones terminaron y principió el regreso de educandas, la multiplicación de ocupaciones, y conforme el Colegio llenábase de risas y parloteos juveniles, á la superiora antojósele muy cuerdo no resolver nada respecto á asunto tan arduo.

Los dormitorios se poblaron como de costumbre, salvo una cama que otra, cuyas dueñas retrasadas por dificultades domésticas, asomarían la cara en el curso del propio mes de octubre. Mas como octubre finalizara sin que la Nona apareciese, madres y alumnas se alarmaron y la superiora púsole cuatro letras á Rafael. ¿Qué le sucedía á Leonor? ¿había enfermado ó no volvía ya al Santo Espíritu?

Rafael, que tenía resuelto separar á Nona del Colegio,—para huir él de las tentaciones que por fuerza lo asaltarían de nuevo al toparse con sor Noeline,—resistió todavía una semana más y encomendó por último al candor de Nona el dictamen, sentencia ó solución de su drama moral. Si ella manifestaba deseos de tornar á su colegio, Rafael no se lo impediría, pero tampoco sería culpable del retorno.

—¿Quieres volver con las madres ó te quedas mejor aquí, con tu papacito?

La Nona, en su inocencia, puso la cosa peor de lo que estaba:

—Lo que es volver, por sor *Noelina*